

**CUENTO N° 54**

**TÍTULO: EL DÍA DE SAN PEDRO Y SAN PABLO**

**SEUDÓNIMO: ABEDUL**

El día de San Pedro y San Pablo, considerado día festivo en el calendario nacional, cosa que siempre le pareció absurda a Aurora, le serviría para ordenar su habitación única.

Tras años de soledad y lucha afanosa para sobrevivir en situación penosa, estaba agotada, delgada, canosa; sus labios terminados en comisuras caídas reflejaban exactamente su tristeza, su desesperanza.

Así lo observó una vez más reflejado en el espejo, tratando de encontrar la imagen que él adoró desde el momento en que se encontraron en los senderos del parque. Esa primera vez y todas las siguientes, con destellos de sol que se filtraba en las mañanas entre las hojas de los grandes árboles jugando en sus rostros, en su pelo rizado, en sus ojos que brillaban cuando le decía amor de mis amores...

Y por las tardes cuando lo acompañaba a sus cursos vespertinos donde enseñaba Iniciación a la Fotografía. Camino al Instituto él le hablaba de la belleza de la luz como esa que se deslizaba al atardecer entre los troncos de los eucaliptus, larga, recostada sobre el pasto, iluminando las hojas caídas y los coquitos verdes que recogían entre risas.

Él fotografiaba niños, desde los más chiquitos hasta cuando ya entraban a la escuela y se convertían en personas. Unas madres lo recomendaban a otras luego de tener en sus manos la felicidad de esos pequeños álbumes donde observaban a sus hijos tan lindos, tan queridos, captados con la expresión justa, con la risa irresistible.

Aurora lo ayudaba los domingos entreteniéndolo a los hermanitos, escuchando a las madres, alcanzándole el paraguas plateado con el que dirigía la luz hacia su objetivo.

Durante la semana ella trabajaba como recepcionista en el consultorio del barrio, procurando dar aliento a quienes llegaban a diario muchas veces con mirada ansiosa de ayuda, tantos con el miedo reflejado en sus ojos.

Por las noches él iba al taller de su amigo Mario a revelar las fotos, a armar los álbumes, a telefonar a las mamás, para darles la buena noticia. -Mañana se lo llevaré. -Sí, sí, quedó muy lindo. -Gracias a usted señora.

A su vuelta él mostraba a Aurora los retratos preferidos, ella elegía los suyos, intercambiando miradas, diciéndose sin palabras que un día habría una niñita propia, mil veces fotografiada, que tendría el pelo rizado de él, y los ojos pardos de ella.

Así corrieron los años, las esperas, los sueños, las lluvias. Cuando a él le empezó a costar enfocar la vista, fue al supermercado a comprar anteojos más potentes sin mayor resultado.

Ya cuando una sombra negra le apareció en el centro del ojo, decidieron consultar a un especialista que les recomendó Mario.

Su diagnóstico fue algo vinculado a degeneración macular, dijo. -¿Se puede curar doctor?...

-Es difícil y muy progresivo...-¿Me quedaré ciego?...-De este ojo sí y hay que procurar que no se transmita al otro ojo...-¿Qué hacemos, doctor?...-Bueno, hay unas inyecciones que se aplican al ojo sano por ahora, pero el tratamiento es muy caro... El doctor parecía evitar sus miradas.

Esa noche yacieron abrazados, llorando, sin decir su angustia, sus temores, su incertidumbre por el futuro.

Aurora procuró encauzar sus vidas trabajando como siempre y dejando todo preparado para él que nunca más salió al parque. No era necesario. Ya no veía los haces de luz, ni quería sentir el crujir de las hojas bajo sus pasos, ni escuchar las voces de los niños que jugaban con sus madres como las recordaba.

Fueron meses de comunicaciones breves, de preguntas repetidas una y otra vez, de infructuosas declaraciones de amor eterno, de culpabilidad, de cansancio.

Cuando Aurora volvió una tarde ya oscuro, en la víspera de San Pedro y San Pablo, le habló desde la entrada, -ya llegué amor...y no recibió respuesta desde su sillón de siempre. Fue hacia él y lo encontró dormido, lo besó suavemente y pensó que tenía mucho frío...

Este día de San Pedro y San Pablo, Aurora revisaría una vez más el cajón de la cómoda donde siempre guardó los recuerdos de él, la argolla plateada que usaba todos los días, su camisa a cuadritos, su máquina fotográfica que nunca quiso vender, un álbum de fotos que no alcanzó a entregar...